FL 14 07

Linguística general, guión número ocho. Variedades y evolución de las lenguas. Variedades y evolución de las lenguas.

El español tiene variaciones dialectales ligadas a la geografía. Otras variantes se deben a la clase social del que habla o a la clase o jerarquía de aquel a quien habla o bien a circunstancias varias. No se habla igual dando una conferencia que charlando en un bar o dentro de la familia.

Hay en suma diferentes niveles de lenguas. Luego existen lenguas especiales que presentan ciertos rasgos. Rasgos de la lengua de los diversos oficios.

Jergas, rasgos de la lengua de las mujeres. Finalmente, la lengua de una persona. Su idiolecto puede tener rasgos específicos.

Si bien este idiolecto tiene más o menos cosas comunes con los de otros individuos y varía según las circunstancias. Es decir, se adapta a los diferentes niveles y estilos. El que sea posible un estudio interno del sistema de la lengua no es obstáculo para que, a su vez, sea importante una consideración humana y social de la lengua.

En realidad, hay hombres y hay sociedades humanas desde que existe la lengua. Es creada por el hombre individual y social e inversamente condiciona sus comportamientos. El aprendizaje de la lengua por el niño es uno de los momentos de su socialización, de su adscripción a las normas y comportamientos del grupo humano a que pertenece.

Aprende simplemente por imitación y porque le es necesario para integrarse en dicho grupo. Los comportamientos lingüísticos están condicionados socialmente. Son situaciones sociales las que condicionan y exigen el uso de las distintas fórmulas de cortesía y en ciertas sociedades, de fórmulas rituales o mágicas, cuentos, canciones, adivinanzas.

La estratificación social exige hablar de manera diferente a las diferentes personas. Toda sociedad impone un criterio de lo que es correcto lingüísticamente. El concepto de lo correcto es relativo.

Se refiere a veces a clases sociales, situaciones. Hay simplemente maneras de hablar que no son admisibles en ciertos círculos sociales o en ciertas situaciones. Inversamente, existen tabúes y prohibiciones en la lengua, no menos que en el comportamiento, aunque suelen estar limitados a ciertas circunstancias o clases.

Así, en el caso de ciertas palabras de tema sexual o escatológico, a veces hay sinónimos connotativamente neutros que pueden sustituirlas en una conversación correcta, pero las restricciones son mucho más amplias. Afectan a todo, de la gramática al léxico y la fonética. En todas partes se siente la necesidad de una norma.

En realidad, las lenguas de cultura tienen, más o menos, por haber llegado a ella

históricamente, una norma tradicional. Pero en los nuevos estados que emergen y que cuentan con un conglomerado de dialectos y variantes de dialectos de nivel apenas literario, el problema es realmente grave. Se ha llegado a lo que se llama la estandarización, por vía coercitiva y oficial.

Dentro de una lengua, todo grupo humano de intereses y circunstancias comunes tiende a producir una variante de la lengua común, y la comunidad de lengua aumenta la conciencia de unidad del grupo. De aquí que el uso de la lengua, que haga un individuo, sea uno de los principales factores para su consideración social. Es evidente que dialectos y lenguas enteras son considerados por sus propios hablantes y los demás como marca de inferioridad social.

Por supuesto, estas valoraciones sociales son revisables cuando cambian las circunstancias. Lenguas que parecían destinadas a desaparecer se han reafirmado por razones regionalistas o nacionalistas. Detengámonos un momento en los niveles de lengua.

La existencia de estos niveles es conocida desde antiguo. La atención de los gramáticos se centró en la lengua elevada o culta, considerada como modelo, y ello durante muchos siglos. Pero en el siglo XIX, la escuela neogramática, interesada fundamentalmente por la evolución de las lenguas, considerada atomísticamente, volvió a ocuparse de toda clase de elementos lingüísticos sin hacer juicios de valor.

Lo que los gramáticos antiguos llamaban incorrecto, y era incorrecto en su momento, ha sido precisamente un dato valioso para los estudiosos de la historia lingüística. Así surgieron el Appendix Probi, el latín familiar. Hoy en día, estudios como estos se realizan sobre la lengua hablada por medio de cuestionarios, entrevistas, registrados generalmente en cinta magnetofónica y susceptibles de estudio cuantitativo y cualitativo de tipo estadístico.

Suele procederse por muestreo, tomando como informantes a grupos de población que sean relevantes numéricamente, y se procura al tiempo que sean representativos de clases sociales, grupos de edad, sexos, niveles culturales. Puede coincidir o no la localización geográfica. Los lenguajes especiales de grupo, sobre todo cuando se trata de hacerlos en cierta medida secretos e incomprensibles para los demás, reciben los nombres de argot o slang.

En español suele hablarse de jerga. Un caso especial es el de las lenguas religiosas. En este dominio reina un gran conservadurismo y resulta normal que se mantengan en uso estados arcaicos de una lengua.

Por ejemplo, en la liturgia india se ha seguido usando el védico, en la musulmana, el árabe clásico, en la iglesia católica, el latín, en la ortodoxa, el antiguo eslavo, entre los cristianos de Egipto y Abisimia, el copto. En casos como estos, en un momento dado, la lengua religiosa es sólo levemente diferente de la normal. Añade el sentido del misterio y el de la comunidad de los fieles.

Pero andando el tiempo puede suceder que la liturgia siga usando lenguas ya desaparecidas

del uso común, lenguas muertas, como en los ejemplos reseñados. No sólo en lo relativo a las lenguas especiales, sino también en lo que se refiere a los niveles de lengua, puede suceder que estos niveles consistan no en variantes de una misma lengua, sino en el uso de dos dialectos de una misma lengua o de dos lenguas diferentes incluso. Hay que tener en cuenta que la diferencia de lengua y dialecto es muy relativa.

Es, en realidad, una diferencia sociolingüística. Hablamos de lengua cuando hay una estandarización y la lengua ha servido o sirve de órgano a un estado y una literatura. Es diferente el caso en que las necesidades de comunicación entre comunidades lingüísticas diferentes hacen surgir lenguas especiales que tienen, al menos originariamente, esta finalidad.

Existen las lenguas francas, usadas como segunda lengua por poblaciones de lenguas diferentes. Un caso un tanto diferente es el de los pidgin, dialectos generalmente normandos, de inglés, y una segunda lengua, chino, lenguas africanas, que se desarrollaron en las tierras de colonización de Oriente y África. En cierto modo, es parecido el caso del criollo desarrollado en América con elementos franceses y negros diversos.

Existen igualmente criollos formados con español y lenguas negras o lenguas malayo-polinesias en Cuba y Filipinas, respectivamente. Las lenguas, más que ninguna otra cosa, tienden a convertirse en símbolos de los pueblos. A veces no.

Ciertamente se han dado y se dan nacionalidades multilingües, Suiza, por ejemplo. Pero es muy frecuente el caso contrario de minorías que tratan de autoafirmarse mediante el cultivo de la propia lengua y su conversión en instrumento de expresión oficial. Puede llegar a suceder que una lengua muerta vuelva a hacerse viva.

Así, en el caso del hebreo. Como todos los productos de la cultura humana, las lenguas evolucionan, cambian. Esta evolución, como todas, es perceptible preferentemente si se observa tras un periodo de tiempo dilatado.

En un estado de lengua tal como el del español de hoy, podemos observar rasgos que resultan anticuados y en decadencia. Otros parecen abrirse paso y expandirse. Y, sin embargo, nos hallamos ante una lengua inicial que ha evolucionado.

Y ha evolucionado de tal manera que nunca se ha roto la comunicación entre las generaciones. Siempre ha habido un núcleo común de la lengua junto a muchas variantes marginales, unas en decadencia, otras en progreso. Cuando, al final de cierto tiempo, el núcleo común se ha renovado, decimos que ha surgido una nueva lengua, el castellano del latín, por ejemplo.

La evolución es constante, pero tiene aceleraciones muy variables. Un estado y una cultura centralizadas tienden a favorecer la unificación lingüística, como ya sabemos, a producir una lengua estándar que presenta gran resistencia al cambio. Un periodo de disolución y anarquía de bajo nivel cultural, derrotura de comunicaciones, favorece el cambio rápido.

En el momento actual, las bases de intercomunicación son más fuertes que nunca. Tienden a mantener la estabilidad de las lenguas. Los dialectos locales son absorbidos.

Se busca, incluso, una norma que aproxime los distintos niveles. Por otra parte, esa misma universalidad de la comunicación favorece el influjo de unas lenguas sobre otras, del inglés sobre el español, por ejemplo. En definitiva, lo que abre paso a la evolución es el fallo de las fuerzas sociales que condenan como falta toda desviación de la norma.

Cuando esas fuerzas, que son las que imponen un modelo a las nuevas generaciones de hablantes, las que contienen en límites estrechos los factores creadores y diferenciadores de la lengua, fallan, lo que era considerado como falta o como signo de nivel social inferior se convierte en norma. Y como la lengua es un sistema y unas evoluciones provocan otras, al final es toda la lengua la que cambia, pasando por estudios temporales diversos o, incluso, convirtiéndose en otra lengua o fragmentándose en dialectos que pueden convertirse, a su vez, en lenguas. Se plantea con frecuencia la pregunta de por qué evolucionan las lenguas.

De un lado, una lengua es un sistema de signos y, además, un sistema multiforme y abierto. Como tal, está sujeto a evolución. De otro, una lengua es un producto de la vida del hombre en la sociedad, un instrumento para la misma.

Por tanto, es lógico que sufra cambios concomitantes con los cambios sociales, históricos y culturales. Añadamos, como un tercer dato, que las lenguas no son compartimentos estancos. Se influyen unas a otras y no solo en la medida en que las lenguas en contacto pueden aproximarse mediante la difusión de isoglosas, sino también en otras varias formas.

Estos influjos de las lenguas, unas sobre otras, están condicionados por hechos sociolingüísticos. Toda lengua, como sabemos, comporta un código de signos usables en infinitos mensajes. Consisten signos interdependientes provistos de instrucciones de uso, que, en virtud de la abertura de la lengua, resultan a veces ampliables.

En definitiva, la modificación de las distribuciones provoca cambios de significado que acaban por influir en el sistema. Lo hemos visto. También cambian los significantes por efecto de una serie de tendencias asimilatorias-disimilatorias propias de la cadena hablada.

A la larga, es el sistema el que cambia. En definitiva, a la larga se alteran ya las distribuciones de fonemas y alófonos, ya los fonemas y alófonos mismos, ya los significantes y significados. Es el código de la lengua, en sus unidades o en sus instrucciones de uso, el que se modifica.

Y con esto no está dicho todo, ni mucho menos, puesto que se crean nuevos sistemas de categorías y funciones. Hemos dicho que las lenguas no evolucionan en el vacío. Atraviesan cambios de las condiciones sociales, históricas, culturales, y reciben la huella de todo ello.

Esta huella es particularmente importante en el vocabulario. Por ejemplo, el cristianismo trajo consigo al latín una oleada de palabras griegas que habían tomado sentido cristiano. Si luego encontramos en español capas de tipo visigodo, árabe, latino, italiano, francés, inglés, entre

otras, son ciertamente reflejo del contacto del pueblo español con estos otros dentro de la península, en unos casos, y del influjo cultural de la antigüedad grecorromana y de las culturas italiana, francesa, inglesa, en otros.

Con mucha frecuencia, el vocabulario que se toma de estas lenguas pertenece a actividades u objetos que tenían un lugar importante en sus culturas y que, a veces, sólo a través de ellas, llegaron a nosotros. Por otra parte, hay que pensar en el impacto de la ciencia y de la técnica representados por términos tomados de las diversas lenguas modernas y por la adopción de términos internacionales de base grecolatina, generalmente. Menos claro es el influjo de las circunstancias culturales en la evolución morfológica y sintáctica.

En esta, de todos modos, penetran calcos, como los galicismos y anglicismos del español, y es importante la fonética. Ello, sobre todo, en el caso del influjo de las lenguas habladas por poblaciones conquistadas por los hablantes de esta otra. Así, en definitiva, en fonética, en vocabulario, en sintaxis y, sin duda, en menor medida, en morfología, el proceso de la evolución lingüística ha sido afectado por circunstancias locales y culturales.